

MUSEO DE LA PATAGONIA
Archivo del Escritor
_o_o_o_o_o_o_o_o_o_o

B 728
001
A.E.

NOMBRE INES BORDES

LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO Punta Arenas 1928 - 25 - Noviembre

NUMERO DE HIJOS sin hijos

ESTUDIOS 6º Año de Humanidades y estudios com-
pletos de música y canto en el Conservatorio
Nacional de Música

A QUE SE DEDICA Exclusivamente a la Literatura

NACIONALIDAD DE LOS PADRES Padre Español madre Chilena

DOMICILIO Alameda 253 Dep 41 FONO 223274

DESDE CUANDO ESCRIBE varios artículos y reportajes en
Prima Italia donde fue Adicto Cultural,
y en varias revistas y diarios de I y G, desde hace 20 años

PREMIOS Diploma de varios Pradris Chilenos
y una medalla de oro del Instituto Chile-
no - Beethoveniano de Cultura.

INFORMANTE Ines Bordes Borquez

ANOTO

FECHA

OBSERVACIONES

3

Daute). Los Florentinos reclamaron los restos, pero la ciudad de Pravena se negó a entregar ~~los~~ reliquia que ha el inmortal Dante. Para ellos la vida no termina, solo se transforma.

Hay reposa para siempre en el lugar donde se apagó su vida, en su anhelada esperanza.

Pravena envía a la Cumbre y Florencia provee de aceite la lámpara volitiva, así se han dividido el homenaje a la memoria del genio.

Cuando salí el claustro estaba en penumbra bajo los tristes cipreses y las arcadas sombrías, el silencio era aplastante y denso como la atmósfera misma de las sombras.

Deambulé por la ciudad muchas horas, impregnada del espíritu de Beatriz y de Dante Alighieri.

20-VIII-83

Ynes Borelles

Memorias de Inés Bordes

por MARINO MUÑOZ LAGOS

Los libros autobiográficos suelen ser, las más de las veces, secos e impersonales, revestidos por una capa de egoísmo y una sutil tacañería en la narración de confidencias más o menos espinudas. Algunos autores cuentan sus vidas sin importales el deleite que puedan producir en sus lectores, atendiendo sólo a sus propias satisfacciones. Otros, atiborran de datos y fechas sus narraciones, no dejando el espacio suficiente para que la anécdota salga limpia, libre de aditamentos traídos de los cabellos.

Inés Bordes se salta estas vallas y llega hasta nosotros con la frescura del relato, la simpatía de sus conflictos y la atracción que irradian sus páginas en quienes procuran leerlas. El volumen se torna entonces inseparable, su lectura se vuelve absorbente y los capítulos viajan con el lector por los miles de vericuetos que nos enseñan personajes y sitios geográficos. "Canté, amé, viví" se convierte en forma insospechada en una novela, quizás sin las pretensiones que anheló otorgarle la escritora.

Si nos remitimos al título, diremos que la fama de cantante de que ha gozado Inés Bordes se transparenta en contadas oportunidades, quizás rebajadas por una aparente modestia. En cuanto a su calidad amorosa, de sus virtudes tendrían que rendir balances sus amores auténticos y sus volunderos amorios, figuras determinantes de sus episodios. Y en lo referente a su vida, no debemos olvidar que la protagonista sigue gozando de buena salud y que se prepara en la publicación de nuevos y sugerentes tomos autobiográficos.

Cuando en 1947 Carlos Préndez Saldías editó su novela "Veintisiete mujeres en mi vida", el ambiente santiaguino llegó a temblar de espanto. Que un varón narrase sus experiencias amorosas y dijese una serie de secretos de palabra y de alcoba, no era lo más ajustado para ese tiempo. Un crítico más que mordaz, aludiendo a los guarismos femeninos citados por Préndez Saldías, llegó a la simple conclusión de que para amores eran muchos y para amorios muy escasos. Pero los años han pasado y también las siempre aconsejables reticencias. Y hoy es una mujer la encargada de revelar su mundo íntimo, sin que por ello se escandalice a un determinado grupo social o cultural.

Muchas veces se omite leer un prólogo: creemos que es saludable conocerlo, porque guía, nos da una pauta, nos

entrega una información que después será útil y a lo mejor nos dice más de alguna verdad. El prólogo del poeta Julio Barrenechea es un pórtico valioso de este libro y entendemos que fue una de las últimas prosas que escribió antes de su muerte. Es una presentación honesta y llana, desprovista del adjetivo ramplón y desechable. Julio Barrenechea estampó este juicio premonitorio: "Y ha escrito estas memorias sin otra pretensión que contar lo intenso que ha vivido". La intensidad de esta novela ha superado nitidamente la hipotética aspiración de la escritora Inés Bordes. El poeta no estuvo equivocado en su veredicto.

Desfilan por estos episodios novelescos los maridos o amantes que más influyeron en la existencia sentimental de la cantante: el peruano Ricardo Miró Quesada, heredero de uno de los más grandes imperios periodísticos del país del norte; el capitán de marina Mauricio Cortés, apuesto, dominante y celoso en su uniforme; Miguel, el estudiante universitario y el profesional, fallecido trágicamente en Buenos Aires; y, por último, un escritor italiano, de larga fama, cuya personalidad y nombres se revelan nitidamente. Y a través de toda la novela, el recuerdo del hijo concebido con Miguel, quizás sí el más auténtico amor que se alza de estas confidencias.

Alrededor de todas estas experiencias giran los amores de ocasión, como asimismo aquellos que nunca lo fueron. Inés Bordes nos lleva por insospechados caminos para contarnos del ambiente político, social, diplomático, literario o meramente familiar. Nombres de gobernantes, ministros, parlamentarios, escritores, artistas y gentes de poco relieve se incorporan a sus páginas. Y junto a Evita Perón de los inicios del libro, está el joven poeta inédito que le bebe hasta la última gota de su reserva de vinos.

Como buena magallánica, Inés Bordes echa a vagar la nostalgia por estas tierras meridionales: hay emocionados añoros de su padre, quien sirvió en esta zona como diestro oficial marino, dejando gratas enseñanzas de su maestría en labores del mar, muy osadas para su época. También está el clima despiadado y el viento como un gran personaje. Aconteceres de un ayer que la novelista evoca en un lenguaje directo y espontáneo, llegando al lector con la gracia de los más avezados narradores en un libro ameno, dispar y bellamente amable.

M. M. L.

mé, Viví

Carolina Geel

según deducimos, han sido todos bellos. O sea, lo que corresponde a una mujer bella, según también deducimos de la fotografía insertada en el libro, como del texto mismo.

Que la vida de esta chilena es, como suele decirse, una novela, no hay duda. Porque, de acuerdo con lo que califica a un género literario, las memorias pueden omitir lo que el autor estime, pero no inventar añadidos a los hechos. Estos pueden contarse bajo una muy particular visión, pero dejan de ser memorias si la o el autor agrega cosas que no han existido. En el presente caso se tiene la impresión de que la autora es muy verídica.

Uno de los más novelescos es el siguiente: ella está embarazada y por prescripción de Miguel, que ya es médico, y otros facultativos, se va a Mar del Plata, a casa de un matrimonio amigo. Cuando el niño da muestras de nacer hace llamar a Miguel que ha vuelto a Buenos Aires. Este, inquieto, emprende en su auto un viaje a gran velocidad, choca con un camión y ya en el hospital muere. Ella se levanta de la cama en plenos dolores de parto para ir a verlo. Estos sucesos, como puede apreciarse, son en extremo dramáticos, pero quién podrá negar que en la realidad acontecen cosas peores.

Más adelante hay un hecho algo oscuro: la razón por qué Inés abandona a su hijo en casa de aquellos amigos, para venirse a Chile, razón que no llegamos a captar. Más tarde ella es nombrada en un puesto diplomático en Italia. El caso es que sólo vuelve a ver al hijo varios años después, y el cual ignora que es su madre.

A lo largo de esta obra hay pasajes que delatan a una escritora bien dotada que, acaso, en un próximo libro va a desarrollarse más cabalmente, ya que el actual es su primera publicación. Transcribimos un párrafo que

muestra dichas dotes: "...ahora resulta intraducible a palabras e imágenes. La vida que se iba y la vida que venía se cruzaron ahí, en esas blancas salas mudas, sin que pudieran siquiera conocerse. Sólo las separaban unos metros, pero los ciegos hados de la fatalidad no permiten ni eso cuando montan, a la perfección, escena tras escena una tragedia humana. Sí, algo vasto y profundo como dos océanos: uno en ascenso, otro en retirada, pero no existe costa donde puedan encontrarse, porque todo ocurre en el lado oscuro del universo".

Entre los buenos retratos que aquí aparecen llama la atención el de Alejandro Flores. Cuanto a descripción de lugares interesante y vivaz es la que hace de la zona del vicio en Roma, via Margutta, al par que el rechazo de la autora hacia la misma.

Debemos anotar con admiración algo bastante inusual en un libro escrito con la máxima libertad de sentimientos y conceptos: no hay obscenidades ni "cuadros" pornográficos, dos raras ausencias que dan relevancia al relato.

En fin. Inés Bordes pone en boca del Hijo de la Loba, esto es, el célebre escritor romano, la necesidad que tiene todo autor de que se hagan observaciones a sus escritos. Confiamos en tal opinión para exponer lo que sigue: creemos que fallan aquí los largos parlamentos, cosa que ocurre en muchas biografías, porque ellos son rehechos, ya que no hay memoria capaz de recordar las palabras exactas, con lo que resultan no naturales, en extremo literarios y envarados. Otra observación: la autora abunda en autoelogios, sean directos o a cargo de sus personajes. Ojalá en el futuro vigile este aspecto, que es una de las fallas de los libros autobiográficos femeninos.

En todo caso, ella ha escrito una obra de excepción.

Canté, A

Por María C

He aquí excelentes memorias. Despiertan, desde luego, esa atención expresa a los nombres de gentes conocidas, y esa otra atención sobre lo que puede ser la vida de una mujer hermosa, de alegría espontánea e inteligente. Se leen, puede decirse, de corrido (*Canté, Amé, Viví. Memorias por Inés Bordes. Editorial Nascimento, 1979*).

Inevitablemente, este volumen despierta el recuerdo inmediato de otro: *Memorias de una Mujer Irreverente*, de Marta Vergara, ello porque las memorias femeninas son escasas. Los temas de ambos libros, el estilo, el carácter y hasta diríamos el tono de voz son tan diferentes que casi no admiten cotejo. Sólo podemos decir que, en un terreno de estricta apreciación literaria, Marta Vergara es mayor escritora y su estilo, como lo hemos dicho más de una vez, expresivo y recio, se aparta del de todas las mujeres que han escrito y escriben en Chile.

Inés Bordes empieza sus recuerdos como sigue: "Me tomó del brazo y echamos a andar. Hasta que se detuvo frente a un restaurante. Ya verás cómo nos arreglamos, me dijo". Uno piensa que es un hombre el que la toma del brazo. No es un hombre; es Evita, y nada menos que Eva Perón. Pero una muy joven y desconocida Eva. Al describirla, la autora la presenta en sus aspectos psicológicos tanto como en los materiales del ir viviendo con dinero escaso. Porque ambas jóvenes pasan bastantes pellejerías. Pero a través de éstas Bordes va observando el fuerte carácter y la fe obstinada de la futura gobernante (siempre hemos pensado que el caso de Eva Perón, para bien o para mal, es un caso formidable. Venció tres escollos que aún parecen insalvables: venir de clase baja, ser hija natural, vivir el amor libre como trampolín para sur-

gir. Puede rechazársela cuanto se quiera, pero la admiración será inevitable).

Inés Bordes es, sin dudas, una persona amistosa, comunicativa, fácilmente afectuosa. Es como la vemos a través del libro.

Sin mayor preámbulo la autora nos enfrenta a su primer matrimonio: se casa en Lima con Ricardo Miró Quesada, miembro de la conocida y encumbrada familia limeña. El fracaso lo explica también brevemente: le estaba vedado cantar (no olvidar que ella fue famosa soprano). Y sin cantar se moría. Parece, además, que el joven Miró Quesada era enfermo. A continuación cuenta su segundo matrimonio, cuyo fracaso esta vez fue un drama a punto de convertirse en tragedia, la que dejamos al interés del lector.

Desde otro ángulo, nos parece que lo de veras fundamental, y aun por encima de su necesidad de amar siempre a alguien, en la naturaleza de esta escritora está su sentido de libertad personal. Esta le es tan primordial que actúa en los casos de la amistad. De un modo u otro, termina alejándose de sus amigos y amigas, bien que conservando el sentimiento. Claro está que su inquieta vida, sus oportunidades para viajar contribuyeron a ello.

Las personas de actuación importante en el relato están presentadas con sus nombres y apellidos, salvo dos: Miriam, la madre del adolescente Miguel, enamorado de Inés, y que fuera generosa amiga de esta última, quien bien lo reconoce pese al distanciamiento que su amor por Miguel provoca. El otro cuyo nombre no se transcribe es el que aparece como último amor de la autora, o sea, el del escritor italiano conocidísimo en Italia y toda Europa, según expone. Ella lo llama Hijo de la Loba. Y un detalle. Los hombres amados por Inés Bordes,

s que representan las fuer- ramund y su esposa Orinda,
is del bien y del mal. Lo

Santiago, 8 de Agosto de 1953.

Señorita
Inés Bordes,
Embajada de Chile,
ROMA.

Estimada amiga:

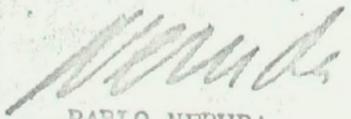
Acuso recibo de su atenta carta de 22 del mes último, en la que se sirve solicitarme un mensaje para ser leído en el Congreso Internacional de la Poesía, a efectuarse a mediados del mes próximo en la ciudad de Venecia.

Con todo agrado le acompaño este mensaje. Es la primera vez que me toca presenciar que un Agregado Cultural se acuerde de la cultura.

Queda usted facultada para dar lectura a este mensaje, o bien para confiar esta misión a quien estime conveniente.

Le ruego saludar muy atentamente al señor Embajador y amigo don Tobías Barros.

Reciba los muy cordiales de su amigo,


PABLO NERUDA.

Lo que canta y cuenta Inés Bordes

Por Andrés Sabella

Los memorialistas chilenos, espléndidamente protegidos por el genio de Vicente Pérez Rosales, constituyen familia de larga voz amable, que agrada escuchar por lo que brinda de solaz y de experiencias.

Los chilenos, por definición de azar y de caminos, somos gentes que siempre existimos en sobresalto de horizontes, anhelosos por saber qué hay detrás de los cerros que nos detienen la visión, impacientes por saltar al centro de todos los posibles e imposibles para que "nadie nos cuente cuentos".

El chileno se completa en mundo.

Las mujeres chilenas no han temido descorrer las cortinas de su intimidad, mostrándonos sus sangramientos y desgarramientos. Algunas evocaciones alcanzan el brío de una gratuita obra de arte, como son las de María Flora Yáñez, en fervor de su infancia. Ahora, una artista chilena, Inés Bordes, nos detiene, un instante que, pronto, se nos llena de palpaciones venturosas, para contarnos cómo cantó, amó y vivió, (1), cómo tuvo el mundo por escenario.

Inés Bordes, dueña de una bella voz, no cantó para que sus palabras cruzaran el aire, en pos del aplauso que, luego, silencian los años: cantó para amar y vivir. El canto fue en ella un noble pretexto para henchirse de vidas, todas las que cupiesen en la suya:

"—Ves que la vida se compone de risas y de lágrimas —me dijo Miguel, cuando terminé—. Ellas, todas ellas son las que te han dejado estas rayitas en los ojos. Rayitas que adoro, porque cada una representa un capítulo de tu hermosa existencia", (pág. 126)

Cantando y amando, Inés Bordes vivió en plenitud, sin quitarle el hombro delicado a los carguños oscuros que se volcaron, a veces en su contra. De pie siempre, avanzó en medio de la historia que trazaba en sangre, fiel al lema de su aventura humana admirable:

"Vale más la intensidad de onda que su longitud, y una hora ardentemente convivida vale lo que un otoño entero de convalecencia", (pág. 30)

Por esta conducta sincera, por este quemarse en todos los fuegos para renacer a todas las posibilidades, los dioses la gratificaron con una biografía riquísima, en la que se confunden criaturas y sombras; una biografía donde el arte y la política, la diplomacia y la literatura, se agitan en vértigos que no consiguen desfigurar a esta "muchachita rebelde que buscaba la libertad de una primavera", (pág. 192)

Inés Bordes cuenta, con bizarria de expresión, su hazaña de "mujer profunda y valerosa", como la caracteriza uno de los personajes que la tratan, regalándonos su retrato más certero.

(1) Nacimiento. Portada de Gregorio de la Fuente, 410 páginas.

del Museo, Autografías, 9-XII-1979 p. 3.

BIBLIOGRAFIA (INES BORDES)

✓ "Canté, amé, viví" (Memorias noveladas), Edit. Nascimento,
Santiago, 1981.-

BIOGRAFIA (INES BORDES)

Nació en Punta Arenas en 1937. Estudió en el Liceo de Niñas Nº 3, hasta recibirse de Bachiller.

Estando su padre de Gobernador en Constitución, la escuchó cantar un gran profesor de canto, que la hizo entrar al Conservatorio Nacional de Música. Después fue alumna de la gran maestra Adelina Padovani, quien la preparó para cantar en el Teatro Municipal de Santiago, en la temporada lírica oficial.

Posteriormente dio conciertos en Magallanes y Ancud, obteniendo un gran éxito. Cantó en las radios más importantes de Chile, Argentina y Brasil.

Durante el gobierno de don Carlos Ibáñez del Campo fue nombrada Adicto Cultural en Roma. Fue nombrada tesorera durante la campaña electoral de Pablo Neruda.

Se casó en Lima con Marcelo Miró Quesada, perteneciente a una de las familias más distinguidas del Perú. Su segundo matrimonio fue con el capitán de caballería Rodolfo Fernández París.

El diario italiano Oaesse Sera, publicó una traducción de un poema inédito que le escribiera Pablo Neruda, enviado especialmente para un Congreso Internacional de Poesía, efectuado en Venecia.

La revista Zig-Zag publicó varios artículos sobre sus viajes alrededor del mundo. Tiene un cuaderno publicado en Roma con el título de "Estampas de Chile", y varias intervenciones en radios italianas, dando charlas sobre músicos chilenos. Han aparecido también artículos suyos en el diario "La Prensa Austral".

Reside actualmente en Santiago y es socia de la Sociedad de Escritores de Chile.

Por la ruta del Cabo de Hornos

El año 1835 dejó Burdeos el décimotercer hijo de un médico. Había ya trabajado en el comercio de granos en aquel puerto, y con sus escasos dieciocho años decidió conocer nuevas tierras y vivir nuevas experiencias. Ese muchacho se llamaba Antoine Dominique Bordes. Traía una recomendación para un negociante de San Felipe. Allí trabajó un tiempo, para luego pasar a la Casa Lataste en Santiago. A los veinte años se fue a Valparaíso e instaló, por su cuenta, una oficina de consignaciones, donde entró en relación con el hábil capitán Casimiro Le-Quellec que hacía la ruta por el Cabo de Hornos. Este capitán era un apasionado admirador del sur de Chile; decía a quien quería escucharlo: toda la región austral, desde Chiloé hasta Tierra del Fuego, es sin duda la más hermosa del mundo. Posiblemente esto fue lo que entusiasmó al joven Bordes, quien en la década siguiente ya tenía negocios de envergadura asociándose con prominentes comerciantes chilenos tales como Bernardino Bravo y Agustín Edwards. Estos, al darse cuenta de las condiciones de organización y empuje del joven Bordes, lo ayudaron sin regateos.

Después se asoció con Le-Quellec, creando la Línea "Bordes-Le-Quellec", cuyo primer buque fue terminado de construir en 1847. Se le bautizó con el nombre de "Le-Quellec", hacía la ruta desde Valparaíso al Havre, transportando cobre; al año siguiente "El Valparaíso" aumentaba la flota. En 1855 ya eran dueños de cinco veleros, aumentando cada año.

En 1860 muere Le-Quellec y Bordes continuó solo incrementando su flota, hasta que llegó a ser dueño de cuarenta buques, entre ellos estaban: el "Agustín Edwards" y el "Bernardino Bravo", cuyos nombres les puso en homenaje a esos dos comerciantes que le ayudaron en momentos difíciles.

En 1883 Bordes asoció a sus tres hijos, Adolfo, Alejandro y Antonino, llamando a la poderosa flota "A. D. Bordes et Fils".

A la muerte del padre -el fundador, el pionero- la capacidad de carga aumentó extraordinariamente, pues fue la gran época del "oro blanco", el salitre, que se transportaba del norte a Europa por la ruta del Cabo de Hornos.

Después de algunos años los hijos abandonaron Chile para instalarse como armadores en San Francisco de California. Allí, en recuerdo de su segunda patria, Chile, a dos barcos le pusieron nombres de ciudades chilenas.

De tal sangre provenía mi padre, ese gran marino, que por más de treinta años comandó los barcos, el "Meteoro", la "Yáñez", la "Yelcho", recorriendo los vericuetos de los canales del Estrecho de Magallanes y de toda esa región.

Ahora lo evoco dando paso a esa mariposa que hay en mí, recorriendo tiempo y distancia, sobreviviendo siempre como esas ovejitas sepultadas bajo las nevazones magallánicas.

Inés Bordes

Rumbo al II Encuentro de
Escritores de Magallanes

Recuerdos de mi infancia

Al escribir este artículo se agitan los recuerdos de mi patria chica: Punta Arenas, mi ciudad blanca, con blancura de mantel, de harina o de hostia. El recuerdo es permanente, con el asombro de su aurora austral, envuelta en su cristalino sudario invernal y sus cielos repentinamente negros bajo el viento huracanado, estremeciendo las viviendas, desolando calles y rincones, para crear un mundo aplastado por noches sin término, a través de las cuales esos vientos galopan desolados como múltiples caballos del Apocalipsis.

Cuántas veces contemplé ese paisaje transitorio, aunque aplastante desde los balcones de mi casa donde muchas veces se detenía el gran Coloane con su lento y acompasado caminar, como si se balanceara sobre la cubierta de algún cutter perdido en la neblina. El huracán en ciernes llenaba el aire de silbidos ululantes. Era desmesurado mi temor al viento. Le daba la espalda porque me parecía que un fuelle gigantesco me iba a succionar, para lanzarme después quizás a que despeñadero. O temía que arrancara las ventanas, o se llevara los techos, dejando a los habitantes de la ciudad desamparados, sobre la alfombra de escarcha con que el invierno la cubría. Pero llegaba, al fin, la primavera, y el verdor de los campos cercanos irrumpía como por generación espontánea. Pájaros y trinos, donde antes había sólo nieve y petrificación, y por las noches, aquel silencio tan extenso y profundo, como si se hubiera acabado el latir del planeta. Hasta que el amanecer nos devolvía al reino de la luz.

Recuerdos y más recuerdos. Aquellos trineos que fabricábamos, utilizando tarros vacíos de aceite. Cómo nos divertíamos al deslizarnos por la nieve, lo mismo que si viajáramos hacia los paisajes de algún cuento de Andersen. Aquellas estalactitas que formaba el agua escarchada en las llaves de las cañerías. Me sentía extrañada por sus formas, hasta que decidía disolverlas en la boca como una novedosa golosina. Y aquellos singulares helados que me fabricaba, con la leche condensada que robaba a mi madre, y la nieve. Y aquella algarabía de las pandillas infantiles cuando subíamos a los cerros vecinos en busca de frutillas silvestres y de calafates agridulces, mientras el invierno se batía en retirada y el verano breve se acercaba como el más fabuloso de los viejos Pascueros. Ah, recuerdos míos, que alimentaron sueños y quimeras infantiles.

Inés Bordes

Rumbo al II Encuentro
de Escritores de Magallanes

Mis hermanos indígenas

Mi padre, ya vecindado en Punta Arenas, en una de sus innumerables incursiones por los canales fueguinos, trajo a casa una pareja de alacalufes adultos. Acaso pretendía repetir la historia del navegante, cartógrafo y astrónomo inglés Robert Fitz Roy que se adentró en los mares patagónicos con su fragata "Beagle" en la que condujo a Europa al grupo indígena de Jimmy Button y sus hermanos, con el propósito de incorporarlos a la vida civilizada. Quienes hayan leído la excelente novela homónima de Benjamín Subercaseaux saben de estas vicisitudes que terminaron frustrándose.

A mi padre le ocurrió lo mismo con la sorprendente pareja que, para mis ojos infantiles, lindaba en lo irreal.

El era corpulento, de espaldas cuadradas, cara ancha, pómulos salientes y piel cetrina. Caminaba lento y taciturno, tal vez añorante de las distancias abruptas, pero libres de su tribu. Ella, lo mismo, con sus mamas colgantes, vacías, y los ojos oblicuos, diminutos, negrísimo, semejantes a pepas de sandías, sobre los que caía un pelo hirsuto y grasoso. Ni el buen trato, ni la estimación, ni los cuidados dieron resultado con ellos. Jamás quisieron entrar a la tibieza de nuestra casa o dormir siquiera en una cama. En la leñera, tendieron unos jergones y ese fue su lecho, como entre las piedras de un desagadero. Tampoco aceptaron alimentos condimentados o cocidos. Simplemente se quedaron allá afuera, en el rincón más apartado del patio, huraños y tristes, sentados en una piedra o sobre un tronco, dialogando a ratos o monologando en su lengua nativa, en un registro tan bajo que apenas era audible. Por su inmovilidad, parecían también troncos o peñascos, que nada lograba sacar de su edad prehistórica. Venidos de las últimas soledades del planeta, esos alacalufes, como los tehuelches y los onas, eran los postreros vestigios de grupos étnicos y razas milenarias, que desde siempre habían existido en las pampas y costas magallánicas, en la edénica libertad del avestruz o el zorro gris. Las espeluznantes matanzas colectivas que la fiebre del oro y de la lana, hizo brotar un manantial de sangre sobre la nieve de mi tierra natal. Aquella pareja de alacalufes provenía de esas distancias y de esos espantos, ningún cariño podía despojarlos de sus atávicas naturalezas. Por eso antes de que se murieran ahí, ante nuestros ojos, de melancolía, mi padre hubo de reintegrarlos a su rincón originario.

A nadie como a mí impresionó ese monumento a la agonía. Me pasaba contemplándolos horas enteras con la nariz aplastada contra los vidrios. Les hacía morisquetas, les hablaba, tratando de establecer algún tipo de comunicación. Sólo una vez, ella hizo una mueca, que pudo ser una sonrisa. Y eso fue todo. El resto quedó a merced de mi imaginación. Los creía provenientes de una vastedad eternamente blanca y silenciosa, como las tierras descritas en las Aventuras de Gordon Pym y el singular viajero de Edgar Allan Poe. Tanta exaltación y admiración por ellos, me hizo objeto de la burla de mis hermanos que me obligaban a ponerme collares y atuendos indígenas llevados a casa por mi padre y me motejaron de fueguina.

Era tanto la insistencia de ellos, que mi alma infantil llegó a creerlo. Recuerdo que me miraba al espejo, buscando los rasgos que había observado en la mujer alacalufe y sólo mi tez blanca y mi cabello dorado, me impedían convencerme del todo, aunque dentro de mis ojos, en el fulgor de mis pupilas, creía ver brillar una luz misteriosa, semejante a las pepitas de sandía de la compañera del indio. Entonces creía sinceramente que yo era una auténtica fueguina y que alguna vez regresaría a mis lares, para vivir entre mis pacíficos hermanos y contarles las crueles historias de los hombres civilizados. Ahora cuando llegue a Punta Arenas, para participar en el gran encuentro de escritores magallánicos, mis conterráneos dirán si mis hermanos tenían razón.

INES BORDES

Por la ruta del Cabo de Hornos"

El año 1835 dejó Burdeos el décimotercer hijo de un médico. Había ya trabajado en el comercio de granos en aquel puerto, y con sus escasos dieciocho años decidió conocer nuevas tierras y vivir nuevas experiencias. Ese muchacho se llamaba Antoine Dominique Bordes. Traía una recomendación para un negociante de San Felipe. Allí trabajó un tiempo, para luego pasar a la Casa Lataste en Santiago. A los veinte años se fue a Valparaíso e instaló, por su cuenta, una Oficina de Consignaciones, donde entró en relación con el hábil capitán Casimiro Le-Quellec que hacía la ruta por el Cabo de Hornos. Este capitán era un apasionado admirador del sur de Chile. Decía, a quien quería escucharlo: toda la región austral, desde Chiloé hasta Tierra del Fuego, es sin duda la más hermosa del mundo. Posiblemente esto fue lo que entusiasmó al joven Bordes, quien en la década siguiente ya tenía negocios de envergadura, asociándose con prominentes comerciantes chilenos tales como Bernardino Bravo y Agustín Edwards. Estos, al darse cuenta de las condiciones de organización y empuje del joven Bordes, lo ayudaron sin regateos.

Después se asoció con Le-Quellec, creando la Línea "Bordes-Le-Quellec" cuyo primer buque fue terminado de construir en 1847. Se le bautizó con el nombre de "Le-Quellec" y hacía la ruta desde Valparaíso al Havre, transportando cobre; al año siguiente "El Valparaíso" aumentaba la flota. En 1855 ya eran dueños de cinco veleros.

En 1860 muere Le-Quellec y Bordes continuó solo incrementando su flota, hasta que llegó a ser dueño de cuarenta buques, entre ellos estaban el "Agustín Edwards" y el "Bernardino Bravo", cuyos nombres los puso en homenaje a esos dos comerciantes que le ayudaron en momentos difíciles.

En 1883 Bordes asoció a sus tres hijos, Adolfo, Alejandro y Antonino, llamando a la poderosa flota "A.D. Bordes et Fils".

A la muerte del padre —el fundador, el pionero— la capacidad de carga aumentó extraordinariamente, pues fue la gran época del "Oro Blanco", el salitre, que se transportaba del norte a Europa por la ruta del Cabo de Hornos.

Después de algunos años los hijos abandonaron Chile para instalarse como armadores en San Francisco de California. Allí, en recuerdo de su segunda patria, a dos barcos les pusieron nombres de ciudades chilenas.

De tal sangre provenía mi padre, ese gran marino, que por más de treinta años comandó los barcos el Meteoro, la Yáñez y la Yelcho, recorriendo los vericuetos de los canales de Magallanes y de toda esa región.

Ahora lo evoco dando paso a esa mariposa que hay en mí, recorriendo tiempo y distancia, sobreviviendo siempre como esas ovejitas sepultadas bajo las nevazones magallánicas.

Inés Bordes

Mi amiga María Luisa

¿Escribe ella o un ángel le estaba dictando?

Es tan buena su prosa, tan mágica, tan etérea, que no parece escrita por un ser terrenal sino por una mujer procedente de una estrella, vestida de luna y poesía.

La conocí en Buenos Aires. En una comida organizada a Marta Brunet. María Luisa llegó hermosa, alegre, chispeante. Era de una belleza exótica, como una gacela. Se sentó a mi lado. Simpatizamos de inmediato.

Como artista principiante y vanidosa yo le pasé mi álbum de autógrafos. Lo tomó y empezó a dibujar estrellas y más estrellas.

Debajo escribió: "Inés Bordes, te cubro de estrellas".

En medio de los tragos de vino con sifón me invitó a su casa de Mar del Plata. Eramos dos jovencitas que queríamos triunfar.

Ella en la literatura.

Yo en el canto.

Nos despedimos con un fuerte abrazo, prometiéndole visita para el domingo siguiente.

Creí encontrarme con un genio intelectual y me encontré, en cambio, con una amiga gentil, exquisita. Me esperaba en la puerta.

Traía la sonrisa a flor, ofreciéndola como un obsequio natural y espontáneo. En sus palabras había un agua que cantaba, aliviando el trance inicial de la entrevista.

Para llegar a su modesta vivienda había que trepar por una ladera donde infinidad de árboles centenarios custodiaban la paz balsámica de la colina.

El baluarte de la casa era la glorieta. Ella se inspiraba entre la algarabía de los pájaros y bajo el brillo de las estrellas. Todo invitaba a soñar. El paisaje, la ligera brisa, la idea del encuentro con esa transparente escritora, alteraban los latidos de mi corazón.

Abajo, distante, el mar como una lámina de acero.

— ROCA 843 —

Ha pensado en las posibles cor-
gatas de un cirujano o de un cor-
OPTICA SUIZA les ofrece lo
invisibles y con una transmisión

CRISTAL INVISIBLE 99%



Tribuna del Lector

ENCUENTRO DE ESCRITORES

Señor director:

Pienso que nunca volveremos a asistir a un encuentro tan bien organizado como el Segundo Encuentro de Escritores Magallánicos. No se escapó un solo detalle. Hasta el clima pareció acondicionado para la oportunidad, en seis días tuvimos las cuatro estaciones del año: nieve, viento, lluvia y, el último día, un sol radiante. Entonces vimos una ciudad brillante, limpia, original, con sus techos inclinados y de distintos colores. ¡Cuánta emoción! ¡Qué orgullo de ser magallánica! y, al mismo tiempo, cuánta pena arrancada por los recuerdos, como el de esa pareja de fueguinos llevada por mi padre a nuestra casa. Ni el buen trato, ni la estimación dieron ningún resultado. Nunca quisieron entrar en la tibieza de nuestro hogar. Se quedaron en el patio como dos figuras de piedra. Parecían una estatua a la agonía. Me pasaba horas contemplándolos, con la nariz pegada a los vidrios, haciéndoles morisquetas, hablándoles, con la esperanza de comunicarme de algún modo con ellos. Sólo una vez ella hizo una mueca que bien pudo ser una sonrisa. Eso fue todo. No se adaptaron a nuestra vida y mi padre los devolvió a su paraje nativo, evitando así que se muriesen de tristeza o de melancolía. Esos indios, venidos de las últimas soledades australes, eran los postreros representantes de esas razas milenarias de las pampas magallánicas, que convivieron con el zorro gris y el avestruz, y que desaparecieron diezmados por el hombre blanco. La fiebre del oro y de la lana hizo brotar un manantial de sangre en la plácida nieve de mi tierra.

Dejemos, sin embargo, los recuerdos tristes, y volvamos al Encuentro de Escritores. No puedo olvidar al artífice de ese feliz acontecimiento: Marino Muñoz Lagos, magnífico poeta y gran señor; ni al multifacético Osvaldo Wegmann, ni a Eugenio Mimica, el romántico y estilizado escritor; ni a Jorge Babarovic, diligente y cinematográfico representante de "La Prensa Austral" en Santiago y a tantos otros que se desvivieron por hacernos grato nuestro reencuentro con Punta Arenas.

Especial mención merecen desde luego, el Intendente Regional, mayor general Juan Guillermo Toro Dávila, que fue un anfitrión de lujo; el escritor Enrique Campos Menéndez y el general René Peri que, olvidando su condición de Ministro, fue un compañero más en las actividades del Encuentro. Hasta el gran Coloane, balanceándose como en la cubierta de un cutter, levantó su copa y su elocuencia como una señal de la confraternidad lograda en ese encuentro. En el banquete que nos ofreció el señor Intendente se comprometió a gestionar que el próximo Encuentro de Escritores Magallánicos tenga lugar en la Antártida. De cumplirse este proyecto, sería la primera vez, sin duda, que los escritores tendrían la oportunidad de convivir con los pingüinos y las focas y, posiblemente, esta experiencia de la humildad de esos nobles animalitos podría ser beneficiosa para muchos de nosotros.

Termino dando infinitas gracias a los periodistas de este Diario, que pusieron sus páginas a nuestra entera disposición.

Inés Bordes B.

Hossa Dantis

Llegué a Ravena ansiosa de visitar la tumba del Dante. Era como una obsesión. Estaba oscureciendo cuando entré a la ciudad. Caminé hasta la iglesia de San Francisco. La puerta estaba cerrada. Un anciano que tomaba el fresco en una silla, se negó a dejarme pasar. Le rogué. Le dije que venía de Roma, que no podía perder el viaje, le supliqué una y otra vez, hasta lo traté rudamente. Después me arrepentí y me dije: "Dios, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, dame valor para cambiar las cosas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia".

Sentí deseos de llorar y tal vez el anciano se dió cuenta. Finalmente, llamó: "¡Carmela!". Su mujer apareció. Era mucho más joven y venía haciendo sonar un manojito de llaves.

— Se acordó tarde, la signorina, dijo sonriendo y me condujo por la inmensa puerta de la iglesia hacia los claustros ensombrecidos por los cipreses, donde se levanta el monumento simple. Paredes de ónix oriental, pavimentos de mármol rosado y verde. Sobre la urna una placa con el perfil del poeta. A los pies, la corona del ejército italiano, a la izquierda, el artístico receptáculo para el aceite; y, en el centro, la lámpara votiva que difunde su luz roja desde 1908.

Son conocidas las circunstancias de la muerte del autor de la Divina Comedia. Publicada su obra en gran parte, le sonreía la esperanza de ser coronado en Florencia. Pero no sólo no fue llamado a recibir ese homenaje, sino que fue enviado en embajada desde Roma a la República de Venecia por su protector Guido de Polenta, en el año 1321. Fracasó en su misión de paz y se le negó el retorno por mar. Debió atravesar las zonas palúdicas del Adriático y, en Ravena, contrajo la fiebre que le arrebató la vida. Las exequias solemnes y espléndidas, tuvieron el espíritu melancólicamente tardío de una compensación. Con el transcurso de los siglos sus restos se extraviaron. El 27 de mayo de 1865 fueron hallados en un ángulo del muro del claustro de esa iglesia. Allí habían sido celosamente sepultados por los frailes, en una urna sobre la cual se leía: Hossa Dantis (Huesos del Dante). Los florentinos reclamaron los restos, pero la ciudad de Ravena se negó a entregarlos. Hoy reposa para siempre en el lugar donde se apagó su vida con su anhelada esperanza. Ravena conserva la tumba y Florencia provee de aceite la lámpara votiva. Así se ha dividido el homenaje a la memoria del genio.

Cuando salí, el claustro estaba sumido en penumbras bajo los negros cipreses, bajo las arcadas umbrías. El silencio era pesado y denso como la atmósfera misma de las sombras.

Deambulé por la ciudad muchas horas impregnada del espíritu de Beatriz y de Dante Alighieri.

Inés Bordes

Imagen de Adelina Padovani

(Texto leído por Inés Bordes, el 30 de mayo de 1983, en el Salón Filarmónico del Teatro Municipal de Santiago, con motivo de cumplirse 40 años del fallecimiento de su gran maestra).

Una mañana de septiembre, mes de la patria y de la primavera, mi imaginación vagaba a través de una ventana, en una sala de clases del Liceo N° 5, donde yo estudiaba.

Aquella mañana el aire vibrátil, los pájaros, los volantines, me invitaban a soñar. La profesora me sorprendió en ese momento, tan distraída, que me castigó, expulsándome de la sala. Me encontraba triste y cabizbaja en el corredor, cuando apareció la directora del liceo, doña Amanda Labarca. Creí morir, pero ella se aproximó sonriente, diciéndome: "¿Qué le sucede a la chiquilla de la linda voz?" Le expliqué mi culpa, mi distracción. Ella volvió a sonreír y, tomándome de la mano, me condujo hasta su oficina. Cogió uno de sus tantos libros. Para ti, dijo, pásamelo. Ahora vuelve a clases. Antes de entrar a la sala, abrí el libro y leí lo que había escrito: "Para ti, niña rebelde que añe las la libertad de los pájaros y las nubes".

Miles de veces he leído esa dedicatoria. Hoy vuelvo a recordarla, porque fue doña Amanda, la que me llevó donde la gran maestra Adelina Padovani. Yo iba todavía con mi bolsón lleno de libros. Me hizo entonar algunos arpeggios que ella acompañó en el piano. Después me preguntó: ¿Sabe alguna romanza? Sí, le contesté, y comencé a cantar "Un bell di vedremos". Cuando di el agudo final, me aplaudió diciendo: Esta niña ha nacido para interpretar la "Cio Cio San" de Madam Butterfly.

A la semana siguiente, con su maestro repasante Luigi Trevi, empezó a enseñarme la partitura. Es claro que yo sabía algo de música, porque ya había entrado al Conservatorio Nacional, donde también era alumno de violín, Víctor Tevah. Después de un año esa ópera la canté en el Teatro Municipal, también "I Pagliacci". Como evidencia de mi actuación hasta ahora se conserva mi retrato en el Museo de Cantantes del Teatro Municipal. Cuando mis coterráneos se enteraron de mis éxitos, empresarios de Magallanes me contrataron a dar conciertos. No hubo magallánico que se quedara sin escucharme. Canté en Punta Arenas, Puerto Natales y en Porvenir, donde me llevaron al escenario un legítimo cachorro ovejero, al que le puse de nombre "Magallanes".

Doña Adelina me contaba de sus éxitos. Había cantado en la Scala de Milán "Rigoletto" con el Gran Caruso. El programa lo mostraba orgullosamente colocado en un marco. Esta extraordinaria mujer, tuvo el mérito de ser la primera organizadora de la Temporada Lírica Nacional.

Adelina Padovani era casada con don Alfonso Farren, que por más de 30 años, junto a Renato Salvati, fue empresario del Teatro Municipal. Tal vez ha sido "la época de oro" de este teatro, pues en las temporadas oficiales traía a los cantantes más famosos del mundo. Tales, como Tita Ruffo, Beniamino Gigli, Fedor Chaliapin, Tito Schipa, Carmen Meliz, Gilda D'Alarizza, Miguel Fleita y otros igualmente importantes. Gracias a esos grandes empresarios, Chile tuvo el privilegio de ver bailar por primera y única vez a la gran Ana Pavlova.

Doña Adelina enseñó a excelentes voces, siendo sus alumnos, entre otros, Sofía del Campo, Lautaro García, Susana Bouquet y el barítono más sobresaliente que ha tenido Chile: Alberto López. En casa de ella me encontraba con Oscar Dahn, quien fue mi Yamadori en Madam Butterfly, padre de Jorge, tan conocido por su alto nivel cultural. Creo que muchos cantantes líricos, le debemos tanto a esa gran maestra, por eso considero que este homenaje a ella es el justo reconocimiento a su enorme valor.

Inés Bordes.



HOMENAJE A PREMIADOS

Un grupo de escritores de raiz magallánica fueron invitados por Inés Bordes a su acogedor departamento de la Alameda, en Santiago, para festejar a dos Premios Municipales de Literatura 1985: Agata Gligo, en ensayo, por su obra "María Luisa", y Osvaldo Wegmann, en cuento, por "El Cementerio de los Milodones". Vemos en el gráfico a Franko Brzovic, Maria Bargetto, Bernardita Velásquez, Osvaldo Wegmann, Inés Bordes y Justo Alarcón. (Corresponsal, Santiago).



Bordes.

SEMBLANZAS DE UN MARINO

por Inés Bordes

Con la varita mágica de la vocación, voy a recordar a mi padre. Comenzaré hablando del origen de los Bordes, raíz generosa de donde proviene este hombre, cuyo rostro parecía esculpido en la mejor madera, lleno de decisión, energía y de carácter tierno, dulce a veces y, en ocasiones, duro, severo, autoritario.

Su edad era la del mar, sin tiempos ni distancias. Podía tener lo mismo 40 que 60 y nadie que le conociera, dejaba de sentir por él admiración. Su inquietud de espíritu, su voluntad dinámica provenían quizás de su estirpe.

Entre sus antepasados figuraban famosos armadores, marinos, médicos, viñateros y seguramente más de algún simpático calavera, posiblemente del que heredó este carácter inquieto, alegre y aventurero.

Desde Burdeos zarpó un día el armador Antoine Dominique Bordes, rumbo a la América morena. Como los grandes navegantes, no se contentó con el Atlántico. Quería conocer el Pacífico, el mar de los conquistadores. Rumbeó por el Estrecho de Magallanes y en 1868 se encontraba en el Norte Grande de Chile, litoral de prodigios, al pronto iba a experimentarlo, al inaugurar él mismo la epopeya que significó la "carrera del salitre", es decir, la febril competencia por llevar a las agotadas tierras de Europa, el oro blanco del caliche chileno.

Antoine Dominique puso a varios de sus barcos, nombres de ciudades y puertos chilenos, rindiendo así un homenaje a su nueva patria.

De tal sangre provenía mi padre.

El navegó en uno de los mares más inhóspitos del mundo. Fue contratado por la Armada Chilena, a pesar de ser español, para desempeñarse como cartógrafo en los canales magallánicos.

Para él no fue difícil, se trataba simplemente de una empresa más, como tantas otras emprendidas por propia decisión. Tal vez por eso jamás regresaba con muestras de desaliento a nuestra casa de Punta Arenas. Si a veces lo sentía, no lo dejaba traslucir. Cuando se quedó definitivamente con nosotros, no lo hizo pesaroso ni cansado, sino satisfecho de haber obtenido el codiciado reposo del marino.

Me fascinaba sus relatos, aunque él contara sus intervenciones como simple rutina. Esto a mí no me gustaba. Quería imaginármelo como el capitán Ajabtras Moby Dick, o como a los héroes de Salgari. Aunque a algunos los superó, tal cual lo prueba esta aventura semejante a la del Piloto Pardo, al salvar de los hielos antárticos a la expedición inglesa de Shackleton.

RESCATE DE CRUCERO RUÑO

En cierta ocasión un crucero de la Marina Imperial Rusa se perdió en los canales más intrincados del litoral

fiados, porque es de nobles metales como la lealtad y el heroísmo".

El presente regio, se conserva en familia junto a los documentos pertinentes, como un testimonio de aquella hazaña.

EXPLORACION CIENTIFICA

Pero mi padre recibió otros obsequios de las testas coronadas. En una ocasión posterior el Gobierno chileno encomendó a su tuición el conducir y acompañar en su exploración científica al sabio sueco Scottbery, famoso por sus estudios sobre las razas aborígenes. Mi padre lo asesoró traspasándole sus experiencias con ellos. Esta vez convivieron un año con los alacalufes. Se informó del prodigioso sentido de percepción, casi extrasensorial que ellos poseían.

¿El viento? ¿alguna onda síquica? El hecho era que los alacalufes, apenas percibían la presencia de un barco, invisibles para los demás, se echaban a sus canoas de rara construcción y salían a su encuentro con la familia entera, perros, utensilios y el cargamento de cueros de nutria que negociarían.

El sabio Scottberg partió cargado de tales experiencias y ahora fue el rey de Suecia quien le hiciera llegar una hermosa condecoración y los agradecimientos de esa casa dinástica.

Los homenajes a su persona no terminaron ahí. Después de su fallecimiento, don Pedro Aguirre Cerda y el alcaide de Ñuñoa, José M. Narbona, decretaron que una hermosa calle de esa comuna perpetuara su nombre.

Ahora, cada vez que necesito algo de serenidad, de afirmación interior voy hasta esa calle, recorro sus arboladas cuerdas y respiro en ella el espíritu vivo de mi padre.



Inés Bordes.



LO HUMANO Y LO DIVINO

El acogedor departamento capitalino de Inés Bordes -magallánica, escritora y cantante de ópera que años atrás hacía temblar con su voz las paredes del Municipal y a muchos pobres mortales con su atractiva figura- se ha transformado en un verdadero centro de amables tertulias. Concurren a ellas, especialmente, magallánicos ligados al arte, a las letras y al periodismo, haciendo uso y abuso de su hospitalidad.

La semana última estuvieron ahí, sobre una agradable terraza situada frente al edificio Diego Portales, Domingo Tessier (feliz con el éxito de taquilla de "El Último Grumete de la Baquedano" donde realiza un rol protagónico), Ernesto Livacic (aunque recién incorporado, ya secretario de la Academia Chilena de la Lengua), María Bargetto (cuyo primer libro de poesías saldrá a la circulación este año), Justo Alarcón (natalino, jefe del Departamento de Referencias Bibliográficas de la Biblioteca Nacional), Bernardita Velásquez (del Departamento de Relaciones Culturales del Gobierno, la única "extranjera" del grupo, aunque se siente magallánica y los magallánicos también la sienten como tal) y Jorge Babarovic, periodista.

Se habló de lo humano y lo divino, durante largas horas, junto a una mesa muy bien servida. Pero, para ser sinceros, más de lo terreno que de lo celestial. Por ejemplo, de la realización del Tercer Encuentro de Escritores de Magallanes que debería efectuarse este año en la zona central, pero cuya organización aún no parte y que podría capotar antes del despegue.